

3. Baile y boda

Las tardes de domingo se hacían largas. Los dos amigos iban a las tabernas a jugar a cartas y a tomar un vino con cacahuets, ése era el plan hasta que apareció Amalia.

Uno de los bares habituales era la Casa del Pueblo del PSOE en Trintxerpe. Para acceder al lugar había que bajar tres escalones de piedra. Era un local muy grande con olor a vino y a tabaco, las paredes tenían el tono gris del polvo pegado a la cal; varias bombillas bailaban sin lámparas. Destacaba una barra larga de madera reforzada con zinc, detrás cuatro barricas de vino, los porrones alineados y un saco abierto con los cacahuets, al otro lado muchas mesas con tapetes verdes y cartas manoseadas. El humo y el murmullo eran espesos desde las tres de la tarde hasta las diez de la noche.

Uno de esos aburridos días echaron una partida a cartas con otros parroquianos, muy asiduos de la taberna, que jugando no eran muy buenos, pero charlando los mejores. Más adelante pensaron que nada de lo que pasó fue casualidad. Al cabo de dos horas dejándose ganar, pusieron las cartas boca abajo y hablaron.

En esos años las organizaciones sindicales eran poderosas y estaban muy implantadas en el sector pesquero. La de mayor influencia era Avance Marino, de la CNT, además de La Unión Marina, de la UGT y Solidaridad de Trabajadores Vascos, ligada

al nacionalismo. Era una época muy convulsa en la que los obreros necesitaban el amparo de una asociación, de un sindicato.

No les convencieron por su ideario político-sindicalista, aceptaron integrarse por las promesas de protección, de nuevos horizontes laborales y, sobre todo, por tener libre acceso como socios a la parte posterior de la taberna, allí donde estaban los billares. Al cabo de un rato, entraron en un despacho que tenían al fondo, la mesa estaba llena de papeles, las paredes cubiertas de carteles y el aire viciado de humo. Rellenaron los impresos de afiliación a la UGT, y a la semana siguiente pasaron a recoger los carnets blancos con una franja roja atravesada.

Nunca ejercieron de sindicalistas, de hecho hasta que estalló la huelga general no se percataron de lo que suponía estar afiliado. Entonces tuvieron que recorrer las calles del pueblo repartiendo octavillas y acudieron a las manifestaciones, con las manos en los bolsillos, mirando al suelo con vergüenza. Nada que ver con el ardor y valentía que expresaban sus compañeros de juego, esos sí que eran verdaderos activistas.

Una vez, fueron andando a una manifestación en San Sebastián, una hora para ir y otra para volver. A medio camino, a la entrada de la ciudad, cargaron los guardias de asalto. Hubo carreras y gritos, hasta llegaron a escuchar disparos; se dispersaron y estuvieron escondidos en un portal. Poco después, y desde la garita del portero, vieron cómo dos guardias machacaban con sus porras a un anciano. Subieron hasta el rellano del último piso y esperaron a que anoheciera. No se abrió ninguna puerta de la vecindad. Si lo hubieran sabido para rato se afilian. Pensaron en dejarlo cuando se calmaran las aguas.

Para ellos el Cielo era el mes de julio. Convinieron con Locuras que trabajarían todo el año sin límite de horas y hasta los domingos, si hiciera falta. Su dedicación la marcaba el buen o mal tiempo y el pescado que entrara en la mar. Irían por caballa, merluza, besugo, lubina... Al arrastre, al pincho o al palangre, siempre tendrían faena, y más en diciembre, mayo y junio; sin embargo, a cambio, trabajarían menos en julio que eran las fiestas del pueblo y alrededores. Eso se terminaría cuando embarcaran en PYSBE.

El pueblo de Pasajes se distribuye alrededor de su hermosa bahía. Es un magnífico refugio natural para cualquier embarcación. Tiene cuatro barrios ubicados en torno al brazo de mar que, como un embudo, entra hasta tapan el río Oyarzun con su caudal de agua dulce. Los barrios de San Juan, San Pedro, Trintxerpe y Antxo, como buenos hermanos rivalizan. Uno es el antiguo, otros dos son pesqueros y el del fondo es el mercante. Compiten tanto que hasta sus patrones y fiestas son distintas; ni en eso están de acuerdo.

Las fiestas empezaban a finales de junio en San Juan, le seguía San Pedro, sin pausa en Pasajes Antxo por San Fermín y continuaban en Trintxerpe con la Virgen del Carmen. En julio ardía la bahía. Las actividades eran infinitas, encierro, sokamuturra, banda de txistularis, bailables en la plaza, soca-tira, cucaña, gigantes y cabezudos, procesiones... La huelga general en Pasajes no afectaba a estas fiestas, con lo cual Krispín y Antxon no tuvieron que faenar esos días, aunque Locuras les permitió que utilizaran el Izarra para descansar o lo que fuera entre las redes del barco. El patrón no necesitó cumplir con su promesa de embarcarlos lo menos posible en julio, la huelga se ocupó de ello.

Para los bailes a lo agarrado iban a las fiestas de Las Magdalenas de Rentería, un pueblo cercano, también en mitad de julio. Allí las chicas no les conocían y necesitaban sentir las, olerlas y, si podían, arrimarse. De hecho entre ellos decían: Vamos al *arrimategui*. Era muy excitante ir a bailar, solo pensarlo les volvía locos.

El ritual era igual para todos; aunque las chicas disimulaban, era su obligación. Sonaba la banda municipal y bailaban chicas con chicas, cartera en la mano izquierda y chaqueta de punto colgada del mismo brazo. Las que no salían a bailar con sus amigas recibían multitud de invitaciones de los chicos que merodeaban. Era difícil lograr un sí. Lo mejor era ir dos chicos y proponer a la pareja de chicas que estaban bailando hacerlo con ellos. Antes ya habían hecho un reparto del supuesto botín: tú te quedas con la morena, y ellas igual: para mí el alto. Había que cuadrar las vueltas de modo que, al cambiar de pareja, le tocara el elegido.

Las chicas querían bailar y enamorarse, los chicos tenían necesidades más primitivas: arrimarse y sentir. Lo habitual era que la chica extendiera el brazo izquierdo marcando las distancias pero si, excepcionalmente, permitía al chico acercarse era la locura, la bomba, el orgasmo de pie.

Antxon y Krispín se entremezclaron con las chicas que bailaban entre ellas, buscando excitados su pareja. Lo habían intentado en un par de ocasiones sin éxito. De pronto, Krispín se quedó petrificado:

—Esa es —dijo.

Rotunda afirmación mesiánica. A pesar de las constantes negativas de las elegidas, no quiso alejarse del lugar ni saber más de bailes con otras, aunque fueran más aseguibles.

La causa del *shock* era una joven con melena oscura sujeta con una diadema, ojos negros sonrientes, boca perfecta y cara afilada sin pintar, alta y espigada, zapato bajo, con un vestido azul claro de manga corta y chaqueta de punto en el brazo. Krispín lo dejó claro:

—La tuya es la más baja.

Sí, era más baja, un contraste. Rubia, con el cabello recogido en un moño, regordeta, cara ancha de labios marcados y nariz pequeña, ojos azules, voluptuosa y decidida. Era la que mandaba, se veía. Marcaba con decisión el pasodoble mientras lo canturreaba, satisfecha de verse asediada; pero cuando los amigos intentaban ofrecerse cambiaba la dirección. Se resistieron, aunque poco, temerosas de que ellos abandonaran. Todavía no conocían la tenacidad de Krispín.

Las dos mantuvieron el brazo izquierdo estirado mientras bailaron con ellos, dejando claro que no eran de las de darse.

—Eta gainera aizpak dituk!⁴

Esa vez las acompañaron hasta su casa en Lezo, un pueblo entre Rentería y Pasajes. Esa noche y muchas.

A partir de ese día, Krispín y Amalia se veían a diario, a pesar de la distancia que tenían que recorrer andando. Ella supo que lo amaba cuando sufría la mala mar en su pecho. Le causaba estragos saber que Krispín pudiera estar fuera faenando. No ocurrió lo mismo con Antxon y Mentxu, la hermana de Amalia, que al ser mayor que ella le encomendaron la grata tarea de vigilarla. Era su *carabina*. Y ella encantada por estar cerca del otro amigo, aunque éste no se arrancaba.

4 ¡Y, además, son hermanas!

Al principio, Antxon tuvo celos de Amalia, mejor dicho, temor a que absorbiera a su amigo, pero, por otra parte, tenía que agradecerle lo feliz que hacía a Krispín. Amalia por aquí, Amalia por allá... Hasta levantando el palangre, con medio cuerpo fuera de la borda del barco. Qué cansino. No traía a su novia al pesquero porque no podía, lo hubiera hecho. Poco a poco la dedicación a Antxon disminuía en la misma proporción que aumentaba su amor por ella.

Los padres de la novia ordenaron a la hermana mayor que la vigilara más, que no se separara de ella ni un instante, como su sombra, su guardaespaldas, no fuera que Krispín...; a su vez, éste rogó a su amigo que les acompañara, que se ocupara de Mentxu. En el cine, en el paseo, en el baile..., los acompañantes cumplían encantados las órdenes de unos y de otro. Qué más quería ella que acercarse a Antxon y él, por estar con su compañero cualquier cosa. No era malo el arreglo. Además, qué cuerpozito tenía *la escopeta*. Echaron algunos tiros. Amalia vigilaba ahora más a su hermana que al revés.

El embarazo podía caer en cualquier pareja, o en las dos. El barco de Locuras era un buen refugio, entre redes y cajas, y él lo sabía. Alguna vez lo pilló, es posible que fuera un mirón. ¿Y qué?, ¿no era su barco? Pues eso.

—Aquí se viene a trabajar, no a chingar. Zer uste duzue⁵ —decía el patrón a los mozos cuando lo pillaban merodeando.

Un día, Amalia le dijo a Krispín que sus padres querían conocerlo, lo invitaban a comer el domingo. Aceptar era determinante, poco menos que el sí quiero.

5 ¿Qué os pensáis?

—¿Y éste? —dijo señalando a su amigo que hacía aspavientos para que no le invitaran. No le interesaba nada. Por supuesto que lo admitirían. Estarían los cuatro, mejor dicho, los seis. Mentxu estaba encantada, se sentía novia también, pero Antxon iba arrastrado.

La casa no era modesta, daba al Oeste mirando a la bahía de Pasajes, tenía tres balcones, dos habitaciones espaciaosas, un salón-comedor que solo se utilizaba los domingos, y un baño. La cocina era luminosa y amplia con una mesa muy cómoda, pegada a la pared. Los muebles eran robustos, se notaba solidez en todo. Les enseñaron toda la casa, incluido el dormitorio conyugal y el de las hijas. El apóstol Santiago estaba presente en todas las habitaciones, en pequeñas imágenes o en cuadros, y hasta en el pasillo, la cocina estaba presidida por una imagen del santo en yeso, sobre una peana, iluminado por dos velas.

Todo estaba impoluto. Las *niñas* compartían habitación y en sus respectivas camas, bien hechas, descansaban apoyadas en la almohada sendas muñecas con ojos muy abiertos y vigilantes para que esos rufianes no mancillaran el santuario. ¡Cuántas confesiones se habrán intercambiado en esa habitación! Si las muñecas hablaran... Tenían cara de querer hacerlo.

Francisco, el padre, vino de Burela, en Galicia, hacía ya treinta años. Formó parte de una pareja de pesca que faenaba en Gran Sol, allá por Irlanda, y descargaban en Pasajes. Buenos años aquellos. Era pequeño y regordete, como sus manos, cara enrojecida, ojos vivaces y sonrientes, mantenía el pelo oscuro que le hacía más joven aunque sus arrugas eran muy profundas. El cinturón le llegaba casi hasta el

pecho, parecía un muñeco que siempre queda vertical aunque lo empujen, y así era, no había forma de tumbarlo. Ahora trabajaba en la PYSBE, en tierra, en un buen puesto.

Su mujer, Maritxu, no podía ser de otra manera: bien hermosa, más alta que su marido, de brazos fuertes, morena y pechugona, alegre y simpática, ojos juntos y boca grande, no ocultaba su potente bigote. Estaba de peluquería, vestida de calle pero con un mandil a cuadros azul y blanco. También gallega, de Viveiro, no lejos de Burela. Emigró a Pasajes por necesidad y fue cocinera, buena, en la taberna más frecuentada de Trintxerpe. Allí se conocieron. Ella escamada con él, y Francisco en su salsa. Su atracción física y la morriña hicieron el resto.

Antxon y Krispín también vinieron de domingo, claro, pantalón y chaqueta, camisa blanca abotonada sin corbata. Lo discutieron antes. Tocaron el timbre y se quedaron pasmados. No dio tiempo a un *madre te presento a...*, o *padre, éste es mi novio...* Ya en la puerta recibieron unos largos y efusivos abrazos del matrimonio, pegados los cuerpos, como si fueran conocidos de toda la vida, como si vinieran de Galicia. Sus hijas, cohibidas y un poco avergonzadas quedaban en segunda fila, muy vestidas, como para salir.

Los posibles futuros suegros no podían ser más amorosos, sencillos y cariñosos. Francisco se emocionaba con frecuencia hablando de sus padres, de su mujer y, sobre todo, de sus hijas. Y, desde luego, la comida fue exquisita y más que abundante: pulpo, chipirones y chuleta. Krispín y Antxon se sintieron a reventar y sus camisas ya no eran tan blancas. Es que Maritxu insistía tanto...

Las *niñas* se habían puesto los delantales y servían, haciendo alardes de buenas amas de casa y mejores cocineras, como insistía su madre y no cesaban de sonreír maliciosas a sus respectivos. Antxon tenía mala conciencia, lo suyo con Mentxu no era para tanto, o era una encerrona. Le miraba a Krispín con envidia, le había tocado la mejor de la familia, Amalia era una perla, la suya tenía buen cuerpo, pero nada más, no estaba enamorado. Sí, tenía que era la hermana de la novia de su amigo y eso le permitía estar cerca de él, que no era poco.

Las familias de ambos eran también parecidas, numerosas y de escasos recursos. Con tantos hijos los hogares habían sido un sálvese quien pueda. Krispín era el más pequeño de los seis, huérfano de padre, su madre trabajaba en la fábrica de hielo de la lonja de pescado, una tarea muy dura, pobre. Aunque sus hijos le ayudaban mucho. Solo dos de sus hijas y Krispín seguían viviendo con ella.

El caso de Antxon no era mejor, su padre vivía, sí, pero hubiera sido preferible que no. Era pescador en Gran Sol y cada vez que volvía a su hogar, cada siete o diez días, cogía unas cogorzas espantosas. Para asombro de todos, en la mar se mantenía sobrio y era único trabajando. En tierra se transformaba y descargaba la agresividad en su mujer. Fuera de casa también era un faltón y demasiado echado *palante*; una noche, Antxon tuvo que salir en defensa de su padre y terminó en el agua, que no era el peor sitio. Estaba deseando poder salir de aquel infierno que era su casa.

Sin embargo, la casa de Maritxu y Francisco sí era un verdadero hogar, la familia modélica, acogedora y, además, con recursos. La guinda que colmaba las aspiraciones de un Krispín enamorado.

El embarazo de Amalia no fue una mala noticia. Al principio sí, Maritxu se disgustó mucho y hasta lloró, sentada a la mesa de la cocina, llegando a apoyar la cabeza en sus brazos cruzados. Se lamentaba sobre todo por el deshonor, el qué dirán, y Francisco aparentó estar enfadado pero se alegró. Qué mejor. El inesperado acontecimiento aceleró los proyectos de la familia, supuso una ayuda decisiva.

Lo primero fue la boda, tantas veces soñada y deseada por los novios. El dueño del bar, que estaba debajo del piso de Francisco y Maritxu, se avino a cerrarlo al público el día señalado, en su local prepararon el banquete, pusieron una mesa alargada paralela a la barra donde cabían más de treinta personas. Maritxu cocinó en su casa durante toda la semana y en el bar no tendría más que calentarla para el festejo, le ayudaron sus hijas, nerviosas; las bebidas que consumieron las servían desde la barra del local. Ése era el trato, beneficioso para todos, aunque primó más el hecho de que los propietarios fueran también gallegos y adoraran a Amalia.

La ceremonia se celebró en la Iglesia del Santo Cristo de Lezo, los pasaitarras la consideran como propia. Dicen que fue también muy venerada por los vecinos de Pasajes de San Juan, adonde acudían a rogar, tanto para agradecer los éxitos de una buena marea de pesca como para suplicar al Cristo por la vida de los marineros en días de tempestad. Cuentan que la imagen fue robada, pero la mar la devolvió flotando. Lo cierto es que el templo fue lugar de peregrinación y las parejas aspiraban a casarse allí. Cuántos donostiarras así lo hicieron. La promesa de matrimonio consistía en: *un día nos encontraremos ante el Santo Cristo de Lezo. Gure zaindaria*⁶.

6 Nuestro Patrón.

Los padres gallegos, radiantes y orgullosos, la madre de Krispín protegida y mimada por su rebaño de hijas, hijos y nueras, y los novios embelesados. Así aparecían en la foto que se hicieron, muy quietos, delante de la iglesia.

También se ve a Antxon agarrado fuertemente por Mentxu y, junto a él, a Locuras con traje prestado, y otros pescadores con su ropa habitual. De la PYSBE vinieron también algunos oficinistas.

La boda fue boda. Una comida inolvidable a base de marisco y pescado, servida por las chicas del bar, bajo el control de Maritxu. Pronto se calentó el ambiente con la música de los gaiteros de Trintxerpe y los invitados tuvieron que gritar en lugar de hablar. Tarta nupcial acompañada por los mismos gaiteros y un acordeón que disputaba su protagonismo a la banda. Corrieron el vino y las copas, coñac para ellos y anís para ellas.

A los postres se coló el padre de Antxon, que descamisado hizo su numerito, y Mentxu rogó a su pareja que lo dejara disfrutar, uno más, pero con una cogorza tan mayúscula que se desvaneció y durmió debajo de una mesa. No despertó hasta cuatro horas después. Todos bailaron pasodobles y correcales alrededor de las mesas y del *pensador*. En un momento, Mentxu llevó de la mano a su pareja hasta su habitación, en el tercero. Cómo le hubiera gustado quedarse embarazada ella también. Hizo bien los deberes pero tampoco esta vez aprobó el examen.

Francisco aceleró las gestiones para enrolar a Krispín y a Antxon. Lo del primero estaba ya apalabrado, el otro tuvo más dificultades pero al fin logró que los admitieran en el Euskal Herria de PYSBE. Zarparían en cuanto terminara la huelga, mientras tanto los piquetes no les dejaban ni abastecerse.

Locuras entendió que sus pescadores buscaran nuevos horizontes y más dinero, fueron los únicos por los que había sentido aprecio y hasta envidia de la amistad que les unía. Él era un pescador solitario, le hubiera gustado superar su timidez, darles a los dos un fuerte abrazo y hasta dejar asomar su emoción, pero no pudo, se despidió después de tres años con solo un *aupa hi*.⁷ Le faltó meter las dos manos en los bolsillos.

Maritxu propuso, y todos aceptaron, que la pareja conviviera con ellos para cuidar del embarazo. Ocuparían la habitación de las hermanas mientras que Mentxu, temporalmente, dormiría en una cama plegable en el salón, que entonces solo se utilizaba con las visitas ilustres, como el cura de Burela que, por cierto, no venía nunca. La nueva familia estaba radiante con esta fórmula, hasta Antxon, que iba a cenar con mucha frecuencia, disfrutaba de su amigo y era acompañado luego por su pareja.

La foto tenía que haberse parado en ese momento y las escenas repetirse una y otra vez, sin avanzar en el tiempo. Sin embargo, los matones azules y rojos campaban a sus anchas por las principales ciudades españolas apaleando y asesinando a curas y a civiles, a políticos y obreros, en una espiral revanchista cuyo odio crecía y se extendía por toda la península.

La confirmación de que PYSBE aceptaba a los dos nuevos marineros en la próxima marea facilitó los planes. La pareja ya no tenía necesidad de buscar piso si Krispín iba a partir pronto para varios meses. Convinieron en seguir viviendo con los padres de Amalia hasta que embarcaran.

7 ¡Ánimo!

Como la huelga no finalizaba, Mentxu decidió pasar unas semanas con su tía Encarna en Fuenterrabía. Estaba casada con el médico del pueblo y del cuartel de Guadalupe, una bellísima persona, amigo de hacer favores aunque no se lo pidieran. Vivían holgadamente, pero lejos de hacer fortuna como tantos otros. En esa época las parejas tenían diez hijos o ninguno, ésta ninguno. La llegada de su sobrina les alegró, en el principio del verano. La generosidad de Mentxu para dejar sitio a los recién casados unas semanas se vio recompensada con las visitas apasionadas de su amante a su hogar provisional. Su tía, muy liberal, permitió que alguna noche durmiera en su casa para no volver tan tarde a Pasajes. Eso sí, cada uno en su habitación; al menos al acostarse.

